

## ¿Fue sólo Tlaloc?

José Antonio De la Vega Asmitia

Los tabasqueños padecemos una de las peores tragedias que entidad mexicana alguna haya conocido en los últimos años. Las más terribles inundaciones en la historia de nuestro estado han afectado directamente a más de un millón de personas. Dicha cifra es casi la mitad de la población de Tabasco, pero supera el total de habitantes de países como Fiji o Chipre, representa más del doble de los pobladores de Luxemburgo y significa casi cuatro veces el total de residentes en Belice.

Las dimensiones de la desgracia son, pues, de gran envergadura y el drama que viven diariamente quienes lo han perdido prácticamente todo es desconsolador. Desde luego los costos de desplazamiento, las pérdidas de bienes muebles e inmuebles, de cultivos, etc. son aún imposibles de cuantificar ante la magnitud del desastre.

Es Tabasco quizá la primera víctima mexicana del "calentamiento global", desde el primer momento se ha insistido en la furia inusitada del dios Tlaloc, pero sin duda en lo acontecido también ha habido responsabilidades y negligencias que no se pueden ocultar, ni se deben tolerar. Basta ya de seguir tratando de tapar el sol con un dedo y solapar a quienes han puesto en riesgo no sólo el patrimonio de familias enteras, sino la misma integridad física de las personas.

Compartimos la visión de que ante la magnitud de los daños lo primero es atender a todos los damnificados, actuar de inmediato para evitar cualquier brote epidemiológico que sólo profundizaría el sufrimiento y la zozobra; así como brindar seguridad ante el pillaje y la rapiña que, desgraciadamente, también se han hecho presentes.

Sin embargo, una vez superada la emergencia consideramos necesario, y de acuerdo con los más elementales principios

de ética política y moral así debería ser, realizar un diagnóstico integral de lo acontecido. Conocer veraz y adecuadamente el antes, durante y después de la contingencia permitirá dar certidumbre y juzgar en su cabal dimensión tanto la acción como la responsabilidad de cada quien en tan lamentables hechos que pusieron en riesgo la seguridad de todo un pueblo.

No dudamos de quienes señalan que la fuerza de la naturaleza es cambiante, que se expresa incontenible de tanto en tanto, que reclama territorios y hasta cobra agravios a su delicado equilibrio, pero sabemos que los estragos causados por esas fuerzas naturales pueden ser menores, y hasta se pueden prevenir, con políticas eficientes y con políticos responsables y comprometidos con la preservación de las vidas y los bienes de sus representados. Evidente, y lamentablemente, ese no ha sido el caso de Tabasco.

No expreso lo anterior en un afán de buscar o fabricar culpables, tampoco para deslindar o encubrir responsabilidades *a priori*, como en su momento y veladamente lo ha intentado hacer el Titular del Ejecutivo Estatal al sugerir reiteradamente la falta de apoyo de la Federación para la construcción de infraestructura hidráulica en nuestro estado. Nuestro único propósito es que se determinen las verdaderas causas de la tragedia y, de una vez por todas, se tomen las medidas adecuadas para que esto no vuelva a ocurrir. Los tabasqueños no podemos seguir cada época de lluvias siendo presa de la zozobra ante la cada vez más deteriorada condición climática.

Resulta muy cómodo recurrir al trillado recurso de echar a los demás las culpas de nuestras desgracias. Puede ser que algo de culpa se encuentre más allá del ámbito estatal, pero evidentemente también acá habría que dilucidar que pasó. O ¿acaso resulta lógico que hayamos padecido anegaciones más fuertes que en 1999, cuando la Comisión Nacional del Agua (CNA) destinó a Tabasco cerca del 80 por ciento del presupuesto para la protección de centros de población a escala nacional en el último trienio?

Los recursos, comprometidos vía el Proyecto Integral de Control de Inundaciones (PICI), ascendieron a 2 mil 60 millones de pesos, de los cuales casi la tercera parte (72%) iba a ser de origen federal y el resto (28%) estatal. ¿Se puede considerar lo anterior verdaderamente como una falta de apoyo de la Federación? ¿A quien se pretende engañar? o mejor dicho ¿A quién se trata de encubrir?

No olvidemos que el PICI fue un plan elaborado por el gobierno de Manuel Andrade y presentado en su oportunidad como el proyecto más importante e hidráulicamente más complejo que en los últimos veinte años se había hecho, no sólo en Tabasco sino en todo el país. De acuerdo con el gobierno andradista, el proyecto era parte del Plan Hidráulico del Estado de Tabasco, con el que se pretendía proteger a más de 400 mil habitantes y resguardar más de 25 mil hectáreas de tierras.

Bajo esta lógica, y ante el temor de que volvieran a ocurrir inundaciones como en 1999, el Gobierno Federal apoyó el PICI propuesto por la administración estatal, pero además, durante los años de gobierno de Manuel Andrade Tabasco recibió más de 4 mil millones de pesos de excedentes petroleros que pudieron haberse utilizado para obras hidráulicas, que de haberse realizado seguramente hubieran evitado muchas de las penas actuales.

El Gobernador del estado ha afirmado que la catástrofe de Nueva Orleans se quedó pequeña al lado de la sucedida en nuestro estado; nadie duda lo contrario. Empero, también hay que recordar que investigaciones posteriores a lo sucedido en Nueva Orleans revelaron malos manejos por parte de funcionarios del ámbito estatal. ¿No será que también en ese sentido podremos encontrar similitudes?

Resulta difícil creer que la falta de infraestructura hidráulica en nuestra entidad pueda ser atribuible exclusivamente a una ausencia de voluntad política por parte de la Federación. Por el contrario, nos unimos a las miles de voces que empiezan a

reclamar una rendición de cuentas sobre los recursos que se destinaron a Tabasco desde la última contingencia de 1999 y que debieron emplearse en la prevención de inundaciones.

El tamaño de la tragedia ha arrojado dudas sobre la correcta aplicación de los millones de pesos que se canalizaron a nuestro estado para el PICI durante el período de gobierno de Manuel Andrade; pero también del destino que tuvieron los más de 4 mil millones de pesos que por concepto de excedentes petroleros arribaron a Tabasco en los últimos años.

Especialistas afirman que con tal cantidad de recursos se hubiese podido avanzar significativamente y quizá tal vez concluir el Plan Hidráulico del Estado de Tabasco. Un reporte de la Secretaría de Administración y Finanzas local pareciera confirmar que se tomaron las decisiones en ese sentido, pues consigna que un 50% de los excedentes petroleros que recibió el Gobierno del Estado fueron canalizados a dependencias responsables de las obras hidráulicas, pero ¿dónde están las obras que con ese dinero pudieron hacerse para evitar las crueles inundaciones de estos días?

La investigación que requerimos, además de despejar todas esas interrogantes, es sana para gobernantes y gobernados. Los primeros, tendrán la certeza de que sus acciones y las de quienes los precedieron han sido las adecuadas para brindar garantías mínimas de seguridad, protección, prevención, planificación, etc.; en caso contrario, estarán en posibilidades de señalar con veracidad a los responsables y de corregir el rumbo para cumplir con el único mandato para el que han sido electos: atender las demandas de la ciudadanía y vigilar por la seguridad de sus gobernados. A los segundos, que desde cualquier trinchera (la del ciudadano de a pie, la académica, la profesional, la empresarial, etc.) demandan siempre un gobierno de calidad, les dará la certidumbre y seguridad de no haber estado a merced de gobiernos ciegos, sordos y mudos, a sus verdaderas necesidades y prioridades.

La desgracia que hoy vive Tabasco exige que, si ha habido corrupción, irresponsabilidad o negligencia en esta tragedia, los presuntos responsables sean castigados con todo el rigor y peso de la ley.